

# El poder estadounidense en transición

## La verdadera tragedia del poder estadounidense

Coronel Isaiah Wilson III, Ejército de EUA

Derechos reservados por el autor

Este artículo fue publicado originalmente en la revista *Parameters* (en inglés), número de invierno de 2013-2014.

La aversión estadounidense a la tragedia ha causado que los estrategas y formuladores de política de EUA confundan la pura fuerza por el poder. Comprender la diferencia entre la fuerza y el poder es vital para el auge de Estados Unidos como un poder mundial duradero y equilibrado, y no solo como un Estado hegemónico y violento. Esta comprensión es mucho más necesaria en una época de crecientes desafíos de seguridad y austeridad global.

*Lo que hacen las personas se relaciona con lo que piensan. ... Puesto que las guerras comienzan en las mentes de los hombres, es en las mentes de los hombres donde las defensas de la paz deben ser desarrolladas.<sup>1</sup>*

**H**ay una línea muy fina entre un defecto de un héroe trágico y su virtud. Las tragedias clásicas —las de Sófocles y Shakespeare, por ejemplo— presentan a la audiencia un noble protagonista, “mejor que nosotros”. Su defecto trágico hace que caiga de la prosperidad a la miseria, a través de un número de reveses y descubrimientos. En un caso típico, la caída del héroe ocurre en fases. En el Acto I, se presenta al héroe, contra el cual se alinean fuerzas oscuras en el

Acto II para que en el Acto III le llegue a quedar claro a la audiencia (y, a veces, al héroe) que su destino será lo opuesto de lo que esperaba; la catástrofe del Acto IV expone los límites del poder del héroe, y el Acto V, refuerza nuestro reconocimiento (en un momento de “catarsis”) de los patrones que están en juego en la obra. Lo que hace tan conmovedora la tragedia no solo es cómo muestra a los seres humanos como juguetes del destino, sino también cómo revela dicho destino en nuestros caracteres, tan cercanos a las cualidades que guardamos en el corazón de manera que son indistinguibles. El mismo orgullo y rectitud que hace que Edipo se destaque como rey, también ocasiona que sobreestime su fortaleza y autosuficiencia; la misma profundidad y elocuencia que hizo a Hamlet una persona convincente, también hizo que fuera un agente dilatorio e ineficaz. Si estos héroes pudieran ver sus virtudes en los límites adecuados, ya no serían los objetos —las víctimas— de la tragedia. Sin embargo, no pueden hacerlo y, por lo tanto, lo son.

Las historias estadounidenses tienden a parecerse no tanto a tragedias sino más bien a comedias clásicas, con un final feliz sin cabos sueltos. Y, sin embargo, una sensibilidad trágica indudable recientemente se hizo presente en nuestro discurso político. Cada vez más percibimos los límites no solo de nuestros presupuestos, sino de nuestro poder de actuar como preferiríamos en el gran mundo. Percibimos cada vez más palpablemente las frustraciones del poder y sentimos cada vez más fugaz los privilegios que proporciona. Parecido a un héroe trágico, cuando el Acto III se acerca al final,

nos sentimos imperfectos e incapaces de aislar, en el momento preciso, nuestro defecto para salvarnos.

Una dimensión de nuestro defecto trágico es nuestra misma preferencia por finales felices. Entre sus innumerables manifestaciones se encuentra el deseo de la sensibilidad trágica en nuestra cultura estratégica, que persiste, incluso, a medida que nuestro discurso político más general se torna cada vez más sombrío. En el presente artículo, demuestro, en primer lugar, cómo la aversión estadounidense a la tragedia ha causado que los estrategas y formuladores de política estadounidenses confundan la pura fuerza con el poder. De ahí que, quiero demostrar cuán vital ha sido esta diferenciación entre la “fuerza” y el “poder en el auge de Estados Unidos como un poder mundial duradero y equilibrado y no solo un Estado hegemónico. Es muy importante que apreciemos esta distinción mientras reanalizamos los roles legítimos y posibles como el principal poder en el futuro. Por último, sugeriré cómo parecería una gran estrategia estadounidense apoyada por un sentido de tragedia —a diferencia de una gran estrategia trágica.

## El poder y la fuerza

Newton nos enseña tanto de la tragedia del poder como Sófocles, o Shakespeare. Así como todo egresado del estudio básico de la física, Newton definió el poder con la siguiente ecuación:

$$\text{Poder} = \frac{\text{Fuerza} \times \text{Desplazamiento}}{\text{Tiempo}}$$

Newton no pudo explicar el poder sin la fuerza, pero no tomó en consideración que los dos son idénticos. Además de la fuerza, se debe explicar tanto el tiempo como el desplazamiento, la trayectoria directa imaginaria que existe desde la posición inicial hasta la final de un punto, y la distancia y dirección que se expresa en el “vector de desplazamiento.” Todas estas variables están en simetría armoniosa por naturaleza como se refleja en la ecuación de Newton.

Hay múltiples definiciones del poder, pero su esencia es la capacidad de efectuar el cambio y la habilidad para influir a otros.<sup>2</sup> Esta es la base de la disección de Joseph Nye sobre el poder duro y el poder blando.<sup>3</sup> Donde el poder una vez se basó en la geografía, población y materias primas, ahora la base yace, cada vez más, en la tecnología, educación y crecimiento

económico. Por lo regular, el poder duro, que físicamente hace y dirige a otros Estados a actuar de una manera coherente con los objetivos del Estado, típicamente aparece en forma de incentivos o amenazas para alterar lo que hace otro Estado.<sup>4</sup> Este poder duro asume varias formas, más notablemente: el tamaño y capacidad del mercado económico, la influencia política y el poderío militar. Estados Unidos ha usado estas formas del poder duro para lograr sus objetivos desde su nacimiento, pero de igual importancia ha sido el poder blando. El poder blando, en lugar de incentivos o coerción, coopta y atrae; moldea y cambia lo que desean otros Estados.<sup>5</sup> De manera sencilla, el poder blando persuade a otros a hacer lo que se desea que hagan. Influye a otros por atracción, y los modos del poder blando son menos tangibles pero de ninguna manera menores: valores, cultura, ideología e instituciones.

Estados Unidos ha visto el logro de muchos de sus objetivos políticos en parte debido a su poder blando. Los ideales estadounidenses iban en contra de los del comunismo soviético y actuaban como una luz guía para los ciudadanos atrapados detrás de la Cortina de Hierro. Al considerar el poder duro y el poder blando, ¿dónde comienza la discusión de la fuerza?

La fuerza, de la cual el poderío militar solo es un elemento, es la exhibición más evidente del poder.<sup>6</sup> El poder y la fuerza tienen una relación singular y son muy fáciles de exagerar, lo cual contribuye a que se cometan errores en el juicio y acciones estratégicas. Si bien la fuerza militar es un elemento indispensable del poder nacional estadounidense, tampoco es el único elemento esencial, ni un sustituto suficiente para el poder estadounidense. En términos políticos, el poder yace en el prestigio y capacidad que tiene un Estado de causar o impedir el cambio, y requiere de la legitimidad que se deriva de los que están sujetos al mismo. El poder verdadero se auto legitima, está bien dirigido y es estratégico cuando asegura los intereses nacionales. Como tal, el poder crece cuando otros se dan cuenta de la capacidad, ya sea latente o no, que tiene un Estado. La fuerza, por otra parte, consta de herramientas que usa un Estado como una extensión de su poder, y cuando lo usa sin legitimidad y propósito estratégico, puede ser muy peligroso para el Estado que así lo hace. El poder es la base de la fuerza; pero un uso excesivo de la fuerza —no solo militar, sino también económica y política— puede erosionar la base del poder. Paradójicamente, el

reconocimiento del poder se deriva de la exhibición de fuerza, pero si los Estados se extralimitan en el uso de la fuerza puede llevarlos a una disminución del poder. De hecho, el vínculo inconfundible entre el poder y la fuerza, puede encontrarse en la voluntad nacional y la legitimidad. Mientras más un Estado use la fuerza, mayor será la posibilidad de una disminución de la voluntad nacional que, con el tiempo, puede resultar en la disminución del poder.

## Cómo replantear el poder estadounidense

Por largos periodos de la historia estadounidense, la base de las deliberaciones constitucionales ha estado centradas en cómo maximizar la libertad y prosperidad y cómo organizar la fuerza con la perspectiva de la conservación de las mismas. El objetivo era una centralización suficiente de fuerza para garantizar los derechos de los ciudadanos y más que lo necesario para proteger y garantizar la libertad. Fue solo en una Constitución concebida de esta manera que el lema unionista “únete o muere”, podría coexistir con el lema revolucionario ¡No me *maltrate!* Mediante el uso del principio para refrenar el uso de la fuerza, los fines del gobierno de limitar y definir sus métodos, los fundadores comprendieron que la Nación podía generar el poder verdadero.

¿Cuál es el estatus del poder estadounidense en la actualidad? Desde un punto de vista, el poder estadounidense parece ser sin igual. Estados Unidos no solo es un Estado miembro de una comunidad global de Estado-naciones, sino también el líder de la misma. Y la comunidad global —cómo mínimo, en la medida que se le define por medio del comercio mundial, impulsos humanitarios y otros criterios del liberalismo estadounidense— es, en sí misma, el régimen estadounidense más evidente. En este sentido, Estados Unidos no solo forma parte del sistema, es el sistema. Como resultado, las políticas y determinaciones políticas internas tienen consecuencias que van más allá de las fronteras estadounidenses. En consecuencia, los estrategas estadounidenses sienten una responsabilidad especial de garantizar la estabilidad del sistema en general.

Sin embargo, desde otro punto de vista, el poder estadounidense no solo frena sino que se socava a sí mismo, al aparecer solo bajo la apariencia de la fuerza. La fuerza militar estadounidense ha producido éxitos mixtos, especialmente en la década pasada en Afganistán e

Irak. Estas y otras guerras irregulares y operaciones militares humanitarias (MHO, por sus siglas en inglés) en las que Estados Unidos ha participado, han demostrado la incapacidad que tiene la fuerza militar, por sí sola, de generar las condiciones necesarias para resolver conflictos: el acuerdo político entre las facciones internas, mejoras en la capacidad de gobernanza civil por parte de la nación anfitriona y un incremento en el desarrollo económico. La fuerza de las armas puede derrocar muy fácilmente a regímenes de lo que puede fortalecerlos. Parcialmente, como resultado de la prominencia de la fuerza en la disposición estadounidense hacia el mundo, los aspectos persuasivos y atrayentes del poder blando de Estados Unidos —su capacidad de atraer a otros Estados a través de sus ideales, ideas y cultura— también es cuestionable. Y con buena razón, en vista que Estados Unidos se centra en la fuerza, en muchos casos, merma, con mayor eficacia, sus propios ideales principales de lo que podría hacer cualquier enemigo.

De ahí que, esto es el corazón de la paradoja trágica que enfrentamos: un sistema de gobierno que genera poder a través de limitar la fuerza, lo cual ha producido una nación que ejerce la fuerza sin paralelo, y con eso, la tendencia a anteponer la fuerza al poder en la base de sus relaciones internacionales. Según lo sabían los fundadores, la fuerza militar es un elemento fundamental del poder estadounidense. Sin embargo, dicho poder yace igualmente en su capacidad de efectuar o impedir el cambio a través de su prestigio y legitimidad, lo cual tiene tanto que ver con la opinión de los que están sujetos al poder estadounidense como con las opiniones de los mismos estadounidenses. El poder verdadero es legítimo, es bien dirigido y estratégico cuando logra los intereses nacionales. La nación fundada en tal idea de poder, no obstante, cautivada con su propia fuerza, parece nada más y nada menos que un héroe trágico que se inclina hacia el clímax de su drama.

Las iniciativas exitosas de Estados Unidos para abrir mercados son, parcialmente, responsables por su situación económica y posiblemente lleve a repercusiones negativas en el nivel nacional.<sup>7</sup> Una condición económica cada vez peor en Estados Unidos, podría resultar en la incapacidad de conseguir la voluntad necesaria para otros usos de la fuerza económica.<sup>8</sup> Las guerras en curso en Afganistán e Irak han puesto presión económica y política en Estados Unidos.<sup>9</sup> Recientemente, Estados Unidos puede haber experimentado una disminución

de su poder debido a una utilización excesiva de la fuerza, y un mayor uso de la fuerza, en lugar de aprovechar su capacidad de poder latente. Ha llegado a ser necesario que los que toman decisiones en el nivel nacional, los formuladores de política y el pueblo estadounidense, de igual modo, comiencen a lidiar directa y absolutamente con esta interacción compleja y, con frecuencia, paradójica entre el poder y la fuerza estadounidense.<sup>10</sup>

## Cómo legitimar el poder estadounidense

El poder legítimo en la tradición estadounidense originalmente fue concebido como el poder limitado, con un énfasis intencional en el equilibrio, durabilidad y, sin duda alguna, energía... pero también, de manera muy importante, modestia.<sup>11</sup> El planteamiento de Estados Unidos con respecto al poder originalmente era una empresa en la construcción, constitución y garantía de un “Estado minimalista de poder” —un nivel suficiente de centralización de poder para garantizar los derechos de los ciudadanos y no más que ese mínimo poder para proteger y garantizar la libertad. Las consideraciones políticas clave en conexión con el poder no se encontraban en la fuerza física como un fin en sí, sino, más bien, en los asuntos de justicia y autoridad, es decir, ¿cuál es el estatus moral y legal del poder? Al reflexionar más detalladamente, en la tradición estadounidense y en el fundamento de la Nación en la filosofía de Sentido común escocesa, la opinión de que el poder era/es moralmente neutral —ni malo ni bueno por sí solo— que su benevolencia o maldad depende más de cómo, cuándo y por qué se usa. En pocas palabras, el poder estadounidense, tradicionalmente y para permanecer consistente con quiénes somos, quiénes hemos sido y quiénes pretendemos seguir siendo en el futuro, como república, siempre debe ser impulsado por el propósito, y no determinado por los medios y maneras. El autor, periodista y comentarista político, Leslie H. Gel, ofrece un comentario contemporáneo útil sobre los principios del poder, en su libro titulado, *Power Rules*:<sup>12</sup>

♦ “El poder jamás debe considerarse en términos de blando o duro”. Esto, en realidad, es una manera de categorizar “la fuerza”, no el poder. El poder no es fungible o divisible de esta manera. En realidad, el poder es y era la capacidad de persuadir a otros para que hagan lo que de otra manera no harían, mediante la presión y coerción, al usar los recursos y posición. A menudo,

la persuasión, los valores y el uso de la fuerza, pueden fluir en el poder, pero en su base, el poder es la presión psicológica y política.

♦ “El poder es igual a la capacidad”. Al rastrear el desarrollo de la palabra de sus orígenes antiguos griegos y latinos, descubrimos que el poder se define y comprende solo como la “capacidad” en calidad de sustantivo y “poder” como verbo. El ser un poder como nación, ni siquiera un gran poder” tiene que ver con ser capaz y estar en una posición de hacer que otros se sometan a su voluntad, es la acción psicológica y política. En ese sentido, la descripción del poder es sinónimo del concepto teórico de la guerra de Clausewitz —un acto de política (por ejemplo, lo que los gobiernos optan y no optan por hacer), y como tal, una continuación de la política por otros medios. El poder es una lucha cuerpo a cuerpo. Se deriva del establecimiento de una ventaja o apalancamiento psicológico o político mediante el uso de los recursos (por ejemplo, riqueza, capacidad militar, materias primas, etcétera), posición (tales como un equilibrador regional geográfico o protector político), así como mantener la determinación y unidad interna. Por consiguiente, el poder difiere con toda relación y cambia según la situación. Debe ser desarrollado y adaptado en casi cada una de las situaciones y variará con el tiempo y lugar. Fundamentalmente, el que maneja el poder debe tener mucho cuidado para ser creíble y tomado en serio, tanto en el ámbito nacional como el internacional.

♦ “Contar con una ‘base de poder’ es mucho más que solo sumar el total de los recursos”. Depende del tipo y naturaleza de dichos recursos —a saber, la autosuficiencia relativa de una nación y su resiliencia, una vez que comienza una lucha por el poder. Con respecto a la república estadounidense, la justa y legítima “base de poder” no se encuentra en un proceso o institución específica, y sin lugar a dudas, en ningún partido político; jamás se debe permitir que se encuentre en ninguna otra parte que en el mismo pueblo —la *voluntad general*.

♦ “El poder disminuye cuando se ejerce inadecuadamente”. Las guerras fracasadas o indefinidas disminuyen el poder. Las amenazas y las promesas irrealista incumplidas merman el poder. Los errores y continuos cambios de curso también pueden negativamente afectar el poder.

Por último, pero tal vez más importante, es vital apreciar la intención original de los Fundadores y formuladores de la fuente común y santuario principal

del poder estadounidense —la ley, y aún más importante, no un santuario que se encuentra en el derecho de estado, sino, más bien, en el estado de derecho.

En la primera década del siglo XXI, y ahora cerca de la mitad de su segunda década, la fuerza militar ha ocupado un lugar central en la política exterior estadounidense, a medida que la nación ha enfrentado nuevas amenazas, oportunidades y responsabilidades, resultado de la globalización y otros cambios geopolíticos en el ambiente internacional. Las preguntas sobre si y cómo intervenir militarmente, han llegado a ser más importantes que nunca antes.

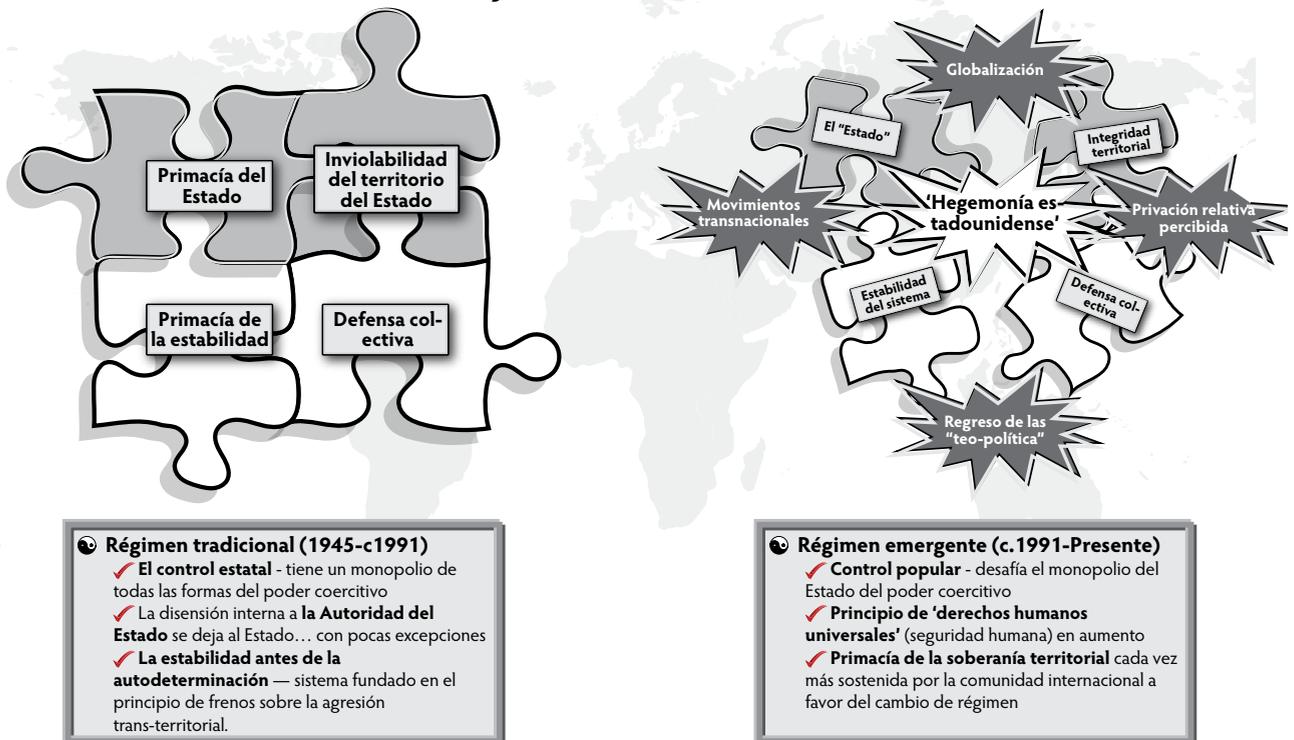
Desde el fin de la guerra Fría y, sin duda alguna, desde el impacto del 11-S, Estados Unidos ha estado enfrentando un dilema tipo “Ricitos de oro”. Tuvo que encontrar que la respuesta “exactamente adecuada”, o mejor dicho, la respuesta éticamente justa y legalmente adecuada para responder a las preguntas operacionales de hoy —es decir, cómo proyectar y ejercer el poder militar de una manera eficaz, justa y legal. Es en la base de este desafío tipo Ricitos de oro, donde yacen las preguntas del poder estadounidense versus la fuerza estadounidense.

El período post guerra Fría ha resultado ser uno de conflicto etno-religioso y cultural propagado que ni Estados, ni actores no estatales, han podido frenar. Desde el 11-S, la comunidad internacional ha tenido que enfrentar el surgimiento de terroristas transnacionales. Además, ha tenido dificultades para acomodar normas y obligaciones en desarrollo, relacionadas con conceptos tales como la seguridad humana, la autodeterminación y los derechos humanos.

Las intervenciones militares de EUA desde 1989 han fomentado cambios tectónicos en el sistema internacional. Han desafiado las normas, principios, reglas y procedimientos de toma de decisiones tradicionales que han proporcionado estabilidad en el sistema en los últimos 60 años. En particular, las intervenciones de EUA han desafiado lo que una vez fue considerado sumamente inviolable —la soberanía territorial.

Si bien en la década de los años 90, se presenciaron los comienzos de una disminución de guerras interestatales, ha habido un aumento en los conflictos internos y, aún más importante, un aumento en la internacionalización de estos conflictos domésticos. De hecho, la característica definitoria de muchas de las intervenciones

## Poder estadounidense y el uso histórico de la fuerza



**Figura. Paradoja del Poder Estadounidense**

militares de los años 90 —Somalia, los Balcanes, Haití, Ruanda, Kosovo, Timor del Este, entre otros— ha sido el llamado e impulso de intervenciones extranjeras contra Estados soberanos en nombre de los ciudadanos y comunidades dentro de dichos Estados.

Por consiguiente, la inviolabilidad de la soberanía territorial de los Estados se ha desenmarañado, en parte a través de una combinación de cambios en el sistema de seguridad internacional, pero también a manos de intervencionistas entre los cuales Estados Unidos ha sido y continúa siendo el participante principal.

De hecho, ha llegado a ser evidente que Estados Unidos ha surtido un profundo efecto en la desestabilización del sistema internacional, y ha desafiado los tradicionales sistemas legales y regulaciones internacionales que han definido las obligaciones —y los límites— de la intervención adecuada y justa, y los usos limitados y precisos de la fuerza como el uso (pero no el único uso) del poder estadounidense, por más de medio siglo. El dilema en cuanto al poder que, hoy en día, enfrenta Estados Unidos y la comunidad internacional, es uno en la trama de los Ricitos de oro —implica la reconciliación de estas nuevas justificaciones para la intervención con las normas tradicionales que se centraron en refrenar las agresiones territoriales al afirmar una soberanía estatal casi absoluta.

En una época anterior, las “naciones islas” tal como Gran Bretaña (y en menor grado, Estados Unidos) podían reducir el tamaño, o hasta diezmar a sus ejército en tiempo de paz con impunidad, porque la intervención, por lo regular, estaba limitada a la corrección de las violaciones del territorio de un Estado soberano por un agresor, y una restauración del estatus de preguerra. Sin embargo, desde la década de los años 90, el ambiente de seguridad internacional exige más de sus grandes potencias y, especialmente, de su Estado principal. Las intervenciones actuales, para ser consideradas adecuadas y justas, deben establecer un mejor estado de paz posguerra.<sup>13</sup> La norma prevaleciente de los derechos humanos universales, una vez limitados a la Haya y a los Convenios de Ginebra, cada vez más asumen la forma más exigente de una Responsabilidad de proteger (o, como mínimo justificar) los usos de la fuerza militar por motivos humanitarios por un número cada vez mayor de Naciones-estados. A menudo, la internacionalización de los conflictos internos, que contraponen más un Estado-nación contra regímenes forajidos

quienes hacen alegaciones de autodeterminación, agrega otro motivo que provoca la guerra mal definida aunque común.<sup>14</sup> En el momento actual, una estrategia de seguridad sostenible debe basarse en un suministro de fuerza y una doctrina para guiar su uso, capaces de lograr una “paz viable.”<sup>15</sup> Una postura de seguridad sostenible depende de la combinación de las capacidades correctas con objetivos estratégicos adecuados (equilibrio) y una capacidad de movilizar y sostener una fuerza que puede lograr la economía de escala en las intervenciones internacionales (durabilidad). La capacidad de combinar el así llamado poder duro y blando de manera económica y legítima, es la prueba suprema de la formulación de la estrategia de seguridad.

Sin embargo, esto no ha sido el modo favorito de intervención de Estados Unidos. En su lugar, la historia de las intervenciones estadounidenses revela una inclinación hacia el uso de instrumentos marciales para resolver lo que, en realidad, son dilemas políticos. La flexibilidad y proyectabilidad del instrumento del Ejército de EUA ha garantizado su prominencia en las mentes de los estrategas estadounidenses y, sin embargo, los registros estadounidense en cuanto a las intervenciones no convencionales (“pequeñas guerras sucias”), verdaderamente, han sido bastante atroces. Es especialmente así cuando Estados Unidos se ha encontrado así mismo como patrocinador externo de las fuerzas contrain-surgentes en las guerras interestatales e intervenciones militares-humanitarias. Muchas de las experiencias de Estados Unidos en estos tipos de intervenciones han culminado en impases, o en conclusiones incompletas.<sup>16</sup> La guerra de Vietnam fue una derrota completa para Estados Unidos; tal vez sea demasiado pronto para saber cómo serán recordadas las guerras en Afganistán e Irak, pero los rasgos no dan mucho motivo para esperar que estas intervenciones liberarán a Estados Unidos de su tendencia histórica. Estas intervenciones tuvieron un comienzo suficientemente bueno, sin embargo, como un boxeador lleno de años de experiencias boxísticas, y un alcance que sobrepasa el de sus competidores más jóvenes con mucho menos experiencia, Estados Unidos queda enfrentando estas métricas: “gran alcance, pero poco aguante en los últimos asaltos.”

Una parte del problema sencillamente es no contar con una suficiente capacidad física para satisfacer todos los requisitos internacionales, pero este problema no es fácil de abordar. Si nuestro problema es

“una insuficiencia de botas en el terreno”, entonces, una respuesta simple sería limitar el terreno en el cual desplegamos nuestras botas disponibles. Como mínimo, podríamos decidir no ocupar más terreno, como lo expresó el entonces secretario de Defensa, Robert Gates, cuando declaró que “todo secretario de Defensa en el futuro que sugiera al Presidente desplegar un gran ejército terrestre en Asia, en el Medio Oriente, o África deberá consultar a un psicólogo.”<sup>17</sup> También podríamos salir del terreno actualmente ocupado.

No obstante, ninguna de las dos opciones es factible en el ambiente actual. El terreno y las amenazas en el mismo, después de todo, “tienen un voto” y, a veces, exigen una presencia estadounidense, aunque los estadounidenses prefieran estar en otra parte. Si bien es posible que querramos retirar nuestras fuerzas de algunos de los 130 países donde llevamos a cabo una variedad de tareas de intervención que van desde el combate tradicional hasta las operaciones de paz, hacerlo probablemente desestabilizaría el mundo aún más que nuestros esporádicos pasos en falso.<sup>18</sup>

Alternativamente, Estados Unidos podría adquirir más botas. Por mucho tiempo, hemos sabido el número de tropas necesarias para librar y ganar las intervenciones no convencionales. A fin de derrotar la violencia de una insurgencia, una precondition para las operaciones de estabilización y reconstrucción, sabemos que, aproximadamente, es necesario un fusilero por cada 20 insurgentes. En cuanto a las operaciones de estabilización y reconstrucción, se necesita un soldado por cada 50 personas en la población. Estas fuerzas serían una fuerza de composición múltiple que aportarían una gran variedad de destrezas y conocimientos a este lado de la campaña de contrainsurgencia, que va desde las destrezas de operaciones de combate de gran escala hasta la pericia de planificación municipal y regional. Por último, no debemos ignorar la lección tal vez más importante de todas de la guerra... porque es vitalmente esencial determinar, en primer lugar, el tipo de guerra en la que se embarca la nación (la advertencia suprema de Clausewitz), a veces, una Nación-estado o comunidad de Naciones-estados se embarcan en ciertos tipos de guerra especializadas. En términos más sencillos, a veces, la guerra es menos una cuestión de opciones estratégicas y más un asunto inevitable de imperativos morales.

El no contar con las cantidades de fuerza adecuada (un caso simple de extralimitarse en capacidades) es lo suficientemente malo; las iniciativas para extender un conjunto de capacidades inadecuadas sobre un conjunto de problemas de una manera que va más allá de los tradicionales usos militares de la fuerza (un caso complejo de extralimitarse en capacidades) puede fomentar las prácticas miopes que hacen parecer la intervención estadounidense como un ejercicio de imperialismo. Esto es, evidentemente, sin lugar a dudas, un punto de reingreso decreciente que todas las grandes potencias Estados-naciones tienen que enfrentar cuando intentan expandir o, sencillamente, mantener su estatus internacional.

Paul Kennedy ha alegado que “La naciones proyectan su poder militar según sus recursos económicos y en defensa de sus intereses económicos en general”. “Sin embargo, los costos de proyectar dicho poder militar es aún mayor de lo que pueden pagar indefinidamente los sistemas económicos, especialmente, si se separan las nuevas tecnologías y los nuevos centros de producción de las Grandes potencias establecidas —por lo tanto, el auge y decadencia de naciones.”<sup>19</sup> El mecanismo parece llevar a una Nación-estado del liberalismo a las formas más imperiales de intervención en la fuerza militar misma y, especialmente, cómo lo usa. En el caso del Imperio Romano, fueron las legiones —la institución de último recurso— que, en sus intentos por asegurar a Roma y su imperio mediante el uso de fuerza coercitiva, cada vez más autoritario, contribuyó a su decadencia. Se debe tener mucho cuidado al garantizar que las acciones que toman nuestras “legiones” en defensa del liberalismo no produzca el efecto accidental de fomentar el antiliberalismo.

El recurrir a nuestra preeminencia tecnológica para descubrir soluciones a los molestos problemas humanos de este tipo, es confundir el fruto de nuestro éxito con la causa del mismo. No disfrutamos el poder debido a nuestra tecnología avanzada; disfrutamos la tecnología avanzada debido a nuestro poder.

En resumen, es esencialmente importante que Estados Unidos ahora reconsidere sus comprensiones del poder y los usos de su fuerza por dos razones, como mínimo. En primer lugar, Estados Unidos, como nación, debe darse cuenta de que es, en sí, un efecto del sistema.<sup>20</sup> Por suerte o por desgracia, o tal

vez, la combinación de ambas, y especialmente, dado su estatus como “la última gran potencia” emerge en la hegemonía global en las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, las decisiones que toma Estados Unidos en cuanto a dónde y cómo intervenir (incluso, las decisiones de dónde no debe intervenir), no son solo decisiones estadounidenses, sino decisiones que afectan todo el sistema mundial.<sup>21</sup> Tener una comprensión profunda y precisa así como una apreciación de las diferencias que existen entre la fuerza y el poder, es crucial para el liderazgo global liberal, legítimo e instrumentalmente eficaz; confundir los usos de la fuerza, “vigorosamente”, con el poder, es una receta para una decadencia acelerada de Estados Unidos como una gran potencia, con las consecuencias desestabilizadoras a largo plazo en cuanto a la estabilidad, seguridad y prosperidad internacional.

En segundo lugar, más difícil pero de igual importancia, debemos tener en cuenta la implicaciones de nuestros roles y responsabilidades, de nuestras decisiones y acciones políticas en nuestros cálculos del Poder. Estados Unidos ha tenido mucho que ver en la infusión de mucha de la inestabilidad actual en el sistema internacional —esto, a pesar de los objetivos e intenciones nobles tras esas decisiones de política y usos de la fuerza. La internacionalización de conflictos internos, operaciones militares-humanitarias, contra-insurgencia, democratización y la guerra preventiva —todos son usos de fuerza militar estadounidenses que han surtido efectos desestabilizadores en la estabilidad de regímenes estatales, equilibrios etno-sectarios nacionales y la estabilidad del sistema internacional en general. Nosotros, como nación y poder global principal, debemos estudiar mejor la calidad de la paz que prometemos a través de nuestros actos de guerra, los de larga y corta duración. Debemos calcular las consecuencias de la paz, en relación con el poder que producimos a través de los usos de la fuerza.

## Cómo renovar la Gran estrategia estadounidense

Al enfrentar una seria crisis presupuestaria, unas Fuerzas Armadas agotadas, la reticencia de los aliados y un público cuyo apetito de participación global disminuye, Estados Unidos enfrenta un conjunto entrelazado de preguntas críticas. Entre estas preguntas, se destacan las siguientes tres:

- ¿Cómo afectarán las realidades políticas actuales a la gama de opciones estratégicas disponibles para los formuladores de política?
- ¿Cómo puede el Gobierno de Estados Unidos tomar las mejores decisiones estratégicas posibles?
- ¿Qué papel desempeña la actual gama de relaciones de EUA y alianzas regionales?

Todas estas son preguntas políticas. Si hay una escasez de recursos, aumenta la política que afecta las decisiones presupuestarias. Todas estas también son preguntas militares. En las últimas horas de las deliberaciones para evitar el secuestro gubernamental en febrero de 2013, el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Martin Dempsey, resumió el aspecto militar de las luchas presupuestarias con claridad vigorizante. ¿Qué desean que hagan sus Fuerzas Armadas?, preguntó el general Dempsey en su testimonio ante la Cámara de Representantes. Si quieren que hagan lo que hacen ahora, entonces, no podemos darles otro dólar. Si quieren que hagamos un poco menos de lo que hacemos, estamos de acuerdo y nos las ingeniarémos.<sup>22</sup> A fin de cuentas, todas estas son preguntas de gran estrategia; implican la relación calculada que existe entre los recursos y los grandes fines.<sup>23</sup> En este plano, el desafío fundamental que enfrenta Estados Unidos puede ser descrito de la siguiente manera: Después de 65 años de buscar una gran estrategia globalmente comprometida —casi un tercio de lo que ocurrió sin un gran potencia rival de igual nivel— ¿ha finalmente llegado la hora de hacer reducciones?<sup>24</sup> O, ¿puede Estados Unidos descubrir una manera de navegar a través de la incertidumbre mientras conserva el dominio estadounidense como un poder principal en y del sistema internacional? Estas preguntas estarán en el centro de nuestros debates políticos en los años por venir.

Los estrategas estadounidenses necesitan pensar en el poder, cualquiera que sea el motivo por el cual se usa, y en términos relativos en lugar de absolutos. La clave de su éxito es la capacidad de aprovechar el máximo de sus capacidades mientras sus adversarios no lo hacen. Los estrategas estadounidenses también deben comprender la diferencia que existe entre el poder de ganar las batallas y el poder de ganar las guerras. Es importante ganar las batallas, pero las batallas tienen que servir para ganar las guerras. El comprender cuáles lo hacen y cuáles no, es un ejercicio completamente intelectual.

Una gran estrategia estadounidense renovada reconocería el defecto trágico de la nación: el orgullo de su fuerza y tecnología. También se daría cuenta de cuán próximo está este defecto de la virtud de la nación: el conjunto de principios e instituciones para refrenar el uso de la fuerza que han resultado ser excepcionalmente adeptos para generar prosperidad y abundante fuerza y, con estas, el poder sin igual. Y, por último, exorcizaría o, como mínimo, contendría el fantasma que ha atormentado la intervención estadounidense al retratar la guerra como una cuestión sencilla de fuerza en lugar de un instrumento de política.

A medida que se preparan para esta lucha espiritual, los grandes estrategas estadounidenses podrían recordar que no todas los fantasmas son “duendes condenados,” así como Hamlet pensó que podría ser el fantasma de su padre; a menudo, son solo “espíritus de salud,” que regresan a recordarles a los vivos los principios más importantes y restaurar su sentido del deber. Debemos exorcizar a nuestros duendes mientras acogemos los vestigios espirituales de las épocas cuando el poder estadounidense prevalecía, aún en ausencia de una fuerza preponderante.

Los grandes desafíos y oportunidades que están a los pies de los gobernantes estadounidenses yacen en los asuntos del Poder estadounidense. El poder tiene que ver con opciones — opciones de cómo generar la fuerza, en distintas cantidades y diferentes calidades; ya sea que optemos por generar fuerza, por nosotros mismos, o en asociación genuina con otros. Nuevamente, una reflexión sobre la Doctrina de Monroe y el planteamiento estadounidense en relación con el poder versus la fuerza, resulta instructiva para nosotros tanto en la actualidad como en el futuro. La Doctrina se emitió en una época cuando casi todas las colonias latinoamericanas de España y Portugal se habían independizado del Imperio español y del Imperio portugués. Estados Unidos, trabajando en coordinación con Gran Bretaña,

quería garantizar que ningún otro poder europeo volviera a invadir. En realidad fue, principalmente, por medio de la asociación con Gran Bretaña que Estados Unidos pudo hacer creíble la amenaza disuasiva de Monroe, con la presencia de la fuerza militar británica. En resumidas cuentas, lo que vemos en la época de Monroe y en la misma Doctrina, es una gran manifestación del poder estadounidense (según la mayoría de los conocedores del tema, una de las expresiones más grandes en la historia del país), en una época cuando la fuerza estadounidense era relativamente anémica. Esta paradoja de poder-fuerza, ofrece grandes e importantes lecciones a Estados Unidos para la recolección y aprendizaje, mientras que las capacidades de generar y sostener la fuerza estadounidense, inevitablemente, continúan disminuyendo, a medida que sus responsabilidades como líder global aumentan y se tornan más complejas. Como Sir Isaac Newton nos enseñó hace siglos, el factor determinante más grande antes de la fuerza y dirección del poder, se encuentra en cómo desplazamos la fuerza con el transcurrir del tiempo. El desplazamiento de la fuerza, o mejor dicho, cómo nosotros, como nación, optamos por usar nuestra fuerza, y la manera de comportamiento detrás de los usos de dicha fuerza, independientemente y en acciones colectivas, es un fuerte factor determinante del poder, el poder justo y legítimo.

La austeridad, en términos de una decreciente cantidad de dólares y centavos, no hace nada para negar que los ciudadanos ni los líderes electos toman estas decisiones con respecto al poder. Solo una austeridad autoimpuesta de sentido común y sensibilidad puede negar a una gran nación, como Estados Unidos, todas las oportunidades que “andan por los vientos peligrosos” de tiempos futuros por venir y que son, indiscutiblemente, ambiguos y repletos de crisis.

Como en los tiempos pasados, importarán el por qué y el cómo intervendrá Estados Unidos. ■

*El Coronel Isaiah (Ike) Wilson III es el antiguo director del Programa de Política y Estrategia de la Academia Militar de EUA en West Point, Nueva York, y es director fundador del Programa de Gran Estrategia en West Point. Cuenta a su haber con una Licenciatura de la Academia Militar, Maestrías de la Universidad de Cornell, la Escuela Nacional de Guerra, Escuela de Comando y Estado Mayor, la Escuela de Estudios Militares Avanzados y un Doctorado de la Universidad de Cornell. Es autor de muchas publicaciones, incluyendo Thinking Beyond War, 2007.*

## Referencias bibliográficas

1. Beer, Francis, *Meanings of War and Peace* (College Station: Texas A&M University Press, 2001), p. 6.
2. Nye, Joseph, *Soft Power: The Means to Success in World Politics* (New York: Public Affairs, 2004), págs. 1-2.
3. Nye, Joseph, *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power* (New York: Basic Books, 1990), págs. 25-26.
4. *Ibíd.*, págs. 31, 267.
5. *Ibíd.*, p. 267.
6. Arendt, Hannah, "On Violence," *Crisis of the Republic* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1972), p. 134.
7. Somerville, Glenn y Buckley, Chris, "China and US Each Claim Gains on Yuan Talks," *Reuters News*, 25 de mayo de 2010, <http://www.reuters.com/article/idUSTRE64M09Q20100525>.
8. Bartlett, Bruce "How Deficit Hawks Could Derail the Economy," *Forbes*, 8 de enero de 2010, <http://www.forbes.com/2010/01/07/deficit-great-depression-recovery-opinions-columnists-bruce-bartlett.html>.
9. Los efectos políticos de las acciones de Estados Unidos han sido el tema de varios análisis, incluyendo Terrill, Andrew W., *Regional Spillover Effects of the Iraq War*, *Strategic Studies Institute*, 6 de enero de 2009; y Gelb, Les, "Karzi Bests Obama, For Now," *Council on Foreign Relations* (11 de mayo de 2010); Stiglitz Joseph y Bilmes, Linda J., *The Three Trillion Dollar War: The True Cost of the Iraq Conflict* (Nueva York: W. W. Norton & Co, 2008).
10. El uso prominente de sus fuerzas armadas, iniciativas de democratización internacional y usos de capacidades económicas en pos de objetivos nacionales, son usos de la fuerza que pueden haber afectado el equilibrio que existe entre el poder y la fuerza de Estados Unidos.
11. Un análisis completo e integral de la literatura de la época fundadora y formuladora va mucho más allá de los límites del presente artículo. Sin embargo, una fuente de compendio definitiva y bien documentada se encuentra en los *Papeles Federalistas*. La fuente de este artículo es Clinton Rossiter, comp., Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *The Federalist Papers*, (Nueva York: Penguin Books, 1961).
12. Gelb, Leslie H., *Power Rules: How Common Sense Can Rescue American Foreign Policy* (Nueva York: HarperCollins Publishers, 2009).
13. Las obligaciones de *ius post bellum* ("justicia después de la guerra") siguen en aumento y han sido así en las últimas dos décadas según lo demostrado por el surgimiento de nuevos convenios, aunque todavía no codificados que les obligan a las fuerzas de intervención extranjeras a no solo librar debidamente intervenciones justas, sino llegar al final de la intervención "más allá de la guerra" como el ocupador a favor de apoyar el establecimiento de una nueva gobernanza sociopolítica—la reconstrucción de regímenes. Véase Contraalmirante Louis V. Iasiello, *Chaplain Corps, U.S. Navy, "JUS POST BELLUM: The Moral Responsibilities of Victors in War," Naval War College Review* 57, nro. 3/4 (Summer/Autumn 2004): págs. 33-52, <http://www.usnwc.edu/getattachment/022caef3-60c8-4caa-9153-bd08f28387d5/Jus-Post-Bellum--The-Moral-Responsibilities-of-Vic.aspx>.
14. Wilson III, Isaiah, "Dueling Regimes: The Means-Ends Dilemma of Multilateral Intervention Policy," *World Affairs*, enero de 2001.
15. Una definición de la "seguridad sostenible" correspondiente con las condiciones del ambiente operacional del siglo XXI va más allá de los conceptos de seguridad físicos y los que se basan en materias, por ejemplo, más allá de estas formas de seguridad normalmente logrables y sostenibles por medio del uso del poder militar en sí. El concepto más amplio actual de la "seguridad" y las amenazas en su contra incluyen, pero no se circunscriben a los asuntos de seguridad humana (y la satisfacción de las necesidades básicas), seguridad cultural, seguridad económica y seguridad ambiental. Véase "Promoting Sustainable Security," *NDC Occasional Paper Nro. 12*, NATO Defense College, Research Branch, Roma, febrero de 2006 y también la investigación del *Fund for Peace* para ver una descripción completa. Véase Covey, Jock; Dziedzic, Michael J. y Hawley, Leonard R. editores, *The Quest for Viable Peace: International Intervention and Strategies for Conflict Transformation* (Washington, DC: United States Institute of Peace Press, 2005).
16. Lyall, Jason y Wilson III, Isaiah, "Rage Against the Machines: Explaining Outcomes in Counterinsurgency Wars," *International Organization* 63 (Winter 2009): págs. 67-106.
17. Thom Shanker, "Warning Against Wars Like Iraq and Afghanistan," *The New York Times*, 25 de febrero de 2011.
18. Sobre el tema de despliegues de tropas, véase *GlobalSecurity.org*, at <http://www.globalsecurity.org/military/ops/global-deployments.htm>. Me he concentrado en la insuficiencia de la postura actual de fuerza militar desde la perspectiva del "poder terrestre" (del Ejército de EUA) por dos motivos principales: (1) la falta de espacio para discutir las deficiencias de la Fuerza Total y (2) el carácter del dilema de seguridad en el siglo XXI, es decir un desafío de poder terrestre y costas—la nuestra es una incapacidad de sostener la fuerza en el terreno que necesitamos controlar para establecer una paz y estabilidad viables a fin de la duración de la intervención. En gran parte, esta tarea es predominantemente una función primordial del Ejército y, en consecuencia, desde un punto de vista militar, una deficiencia del poder terrestre.
19. Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers* (New York: Vintage Press, 1989), Introducción.
20. Jervis, Robert, *System Effects: Complexity in Political and Social Life* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1998).
21. Wallerstein, Immanuel, *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York: Academic Press, 1974).
22. Roulo, Claudette, "Chairman Outlines Sequestration's Dangers," *American Forces Press Service*, 13 de febrero de 2013.
23. Gaddis, John Lewis, "What is Grand Strategy?" lecture delivered at Duke University, 26 de febrero de 2009, <http://tiss.sanford.duke.edu/DebatingGrandStrategyDetails.php>.
24. Brooks, Stephen G.; Ikenberry, G. John y Wohlforth, William C., "Don't Come Home, America" *International Security* 37, nro. 3 (Winter 2012/13): págs. 7-51.